



Artículo de Investigación

Cartografías De Una Corporalidad: Habitar El Cuerpo Impropio En Contextos Excepcionales

Maps Of A Corporality: Inhabiting The Unfamiliar Body In Exceptional Contexts

Ricardo Gastón Sosa

Universidad Nacional de San Juan. San Juan, Argentina.
sosagaston429@gmail.com

Recibido: 15 de agosto de 2025

Aceptado: 4 de marzo de 2026

TRAZOS - REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA - AÑO X - VOL. I - JUNIO 2026

PÁGINAS 72-82 - E-ISSN 2591-3050

<http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/trazos/>

INSTITUTO DE FILOSOFÍA - FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES - UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

Resumen: En el presente ensayo filosófico se reflexiona sobre la infancia en contextos de guerra. Desde una perspectiva interpretativa, se sostiene que la guerra no ocurre únicamente “afuera”, sino que también se inscribe en el cuerpo. Para ello, se abordan las experiencias contenidas en los diarios y en las autobiografías de los niños, las niñas y los jóvenes durante la Segunda Guerra Mundial. Estos textos permiten deconstruir los “lugares” de la violencia y las arquitecturas diseñadas para ejercerla. Este proceso de crueldad se materializó en una paulatina descorporización, hasta el punto de que el cuerpo llegó a resultarles impropio. El análisis busca develar “filosofemas” (A. Roig), entendidos como ideas filosóficas que permiten resignificar las experiencias bélicas desde una dimensión sensorial y emocional. Se concluye que los niños, las niñas y los jóvenes pueden elaborar un pensamiento crítico incluso en espacios y contextos límite.

Palabras clave: infancia – violencia – filosofemas - corporalidad.

Abstrac: This philosophical essay reflects childhood in contexts of war. From an interpretive perspective, it argues that war does not occur solely “outside,” but is also inscribed in the body. To this end, the essay examines the experiences recorded in the diaries and autobiographies of children and young people during World War II. These texts allow us to deconstruct the “sites” of violence and the structures designed to perpetrate it. This process of cruelty manifested itself in a gradual disembodiment, to the point where the body came to feel alien to them. The analysis seeks to uncover “philosophemes” (A. Roig), understood as philosophical ideas that allow for a reinterpretation of wartime experiences from a sensory and emotional perspective. It concludes that children and young people are capable of developing critical thinking even in extreme spaces and contexts.

Keywords: childhood – violence – philosophemes - corporality.

Mapa de Ruta

El presente trabajo refiere a un análisis del “cuerpo” concentracionario o sobre la corporalidad atravesada y marcada por la violencia y la crueldad. Es pertinente aclarar que no se va a trabajar sobre determinadas obras en particular, sino que vamos a elaborar un ensayo reflexivo en base a la lectura crítica de libros como *Diario de Ana Frank* de Frank (2021), *Si esto es un hombre* de Levi (2019), *El hombre en busca de sentido* de Frankl (2015), *Sin destino* de Kertézs (2016), *El largo viaje* de Semprún (2011), *El diario de Helga* de Weiss (2013), *Trilogía de la Noche* de Wiesel (2024), *El cuaderno de Rutka* de Lashier (2008), *He vivido tan poco* de Heyman (2016), *El diario de Renia Spiegel* de Spiegel (2019) y *Diario de Praga (1941-1942)* de Ginz (2006).

A medida que se iba diseñando la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y en medio de un escenario confuso, muchos infantes y adolescentes, comenzaron a escribir sus experiencias del “caos organizado” —debido al listado de prohibiciones y “nuevos” delitos—. Estos diarios no expresan amores juveniles o temores, sino que plasmaron toda una fragmentación humana, materializada a través de la tortura mental-corporal (el grito y la humillación). De igual manera, presentan el cuadro de una arquitectura sensorial diseñada para anular lo humano del hombre. Debido a ello, es posible trazar una cartografía desde la corporeidad y los “paisajes” de la crueldad o “no-lugares”.

Por último, los filosofemas que están contenidos en los diarios infanto-juveniles de este período, discurren y toman formas en torno a una arquitectura del cuerpo sensible (olores, sabores, el sueño, el hambre) y a una geografía humana (desplazamientos y no-lugares) incluyendo “espacios” para deshumanizar hasta el paisaje de las ausencias.

Cartografías de lo sensorial-emocional

Las violencias modernas ya no son comprendidas desde el espacio habitado (casa, trabajo, cárceles, comisarias, etc.), sino más bien, desde el cuerpo del habitante. De ello se desprende que, más que tener un cuerpo, somos cuerpos, habitantes encarnados y, por tanto, no es un añadido a la racionalidad, sino que también genera conocimiento. Es una corporalidad habitante y sintiente de un espacio, mediante el cual, según Mendiola (2014), “sentimos el modo en que se ordena el hábitat que habitamos” (p. 75). Como seres sintientes, portamos corporalmente los hábitos que nos conforman y, por ello, el mismo se constituye en simbolización sociohistórica. Según el sociólogo español, dicho cuerpo tejido

por los hábitos entrelaza los sentidos (lo que debe sentir, ser y hacer), mediado por materialidades (cosas y con aquello que entra en relación), por las subjetividades (el contacto con otros cuerpos: proximidades y distancias) y, finalmente, por las espacialidades (las formas de los hábitats que habitamos y sus modos de afectación). Por otra parte, los cuerpos se producen social e históricamente y, en este sentido, no somos sujetos ocupando un único espacio. Tal corporeidad, está configurada por las relaciones con otros espacios, entendiendo primeramente al “cuerpo” como espacio primordial, desde el cual, sentimos lo social. Debido a ello, el autor sostiene que “el cuerpo signa desde sus inicios una vulnerabilidad insoslayable” (p. 77). Por tanto, señala, además, que el cuerpo habita “[...] una otredad convertida en reservorio de lo monstruoso, lo burlesco, lo pernicioso, lo desechable” (p. 87)

Ahora bien, dentro de las comisarias, los centros de detención, los guetos, los campos de reeducación y de concentración, se buscó deshabituar los cuerpos de la vida cotidiana para rehabitualizarlos. Con ello fue posible construir una masa de cuerpos dóciles: “habitantes sin hábitat”. Más tarde, la segunda instancia consiguió moldear unos “habitantes sin hábitos” —expulsión del hogar, del trabajo, lugares de recreación y anulación de la comunicación—, puesto que despojando a los sujetos de sus hábitos se retrotrae a todo un entramado punitivo de “captura de cuerpos”.

Por otra parte, el “verdugo” que tortura —persona física, sistema, tiranías, dictaduras, autoritarismo— busca que el sujeto “desechable” *habe* lo inhabitable. Durante la guerra, estos espacios fueron, por ejemplo, los vagones de ganado, donde los hacinados debían permanecer de pie durante días, urdiendo que las necesidades las hicieran sobre sí mismos. También, dicha tortura estaba conformada por los gritos y los empujones, las órdenes incomprensibles y las privaciones —sed, hambre y sueño—, lo cual permite entender que, el grito se convirtiera en mero ruido y “el primer golpe” estableciera la pérdida de confianza en la humanidad del verdugo.

Otra perspectiva sobre el cuerpo violentado, proviene de una epistemología de los sentidos que permite visibilizar la acción del sentir la piel torturada. Es decir que la privación sensorial constituye la matriz fundamental de la no-relación del hombre con el mundo común, pues, según Mendiola (2014), “la tortura deshace la piel y la repliega sobre un cuerpo que se aleja del mundo”, convirtiendo la carne en una extensión doliente, pero “sin mundo” (p. 102); luego, no queda más que un sujeto con un cuerpo impropio. En ese sentido, Quintero (2018) señala que

el cuerpo humano, cuando ha sido mutilado, se convierte en un cuerpo-animal, lo cual no solo anula la humanidad de la víctima, sino también logra que ya no posea un “rostro humano” y pase a pertenecer a otro tipo de especie distinta a la del perpetrador. Sin embargo, para que esto suceda es necesario que se haya configurado una narrativa social de la exclusión.

La corporalidad de una víctima

Recurrimos al concepto de *Anagnórisis* para destacar lo singular y propio de una víctima. También habilita un profundo análisis de y desde los cuerpos, tanto en sus cicatrices como en los traumas, la memoria sensorial y lo simbólico, dado que, como señala Yad Vashem (s.f.), el cuerpo concentracionario —entendido como sujeto recluido, bajo represión y en estado de excepción permanente— era una “cosa entre las cosas; el cuerpo viviente se convierte en un exterior sin interior, la subjetividad se convierte en un interior sin exterior” (www.yadvashem.org).

Dentro de la maquinaria totalitaria, dicho cuerpo era sometido a dos procesos: el primero consistía en la anulación de referencias y, el segundo, en un olvido o en la ausencia de la existencia. Comenzaba con la incautación de sus contextos personales —la familia, la casa, la ropa, la escuela, el trabajo, espacios de esparcimiento— y continuaba con la “impropiedad” del propio cuerpo: la expropiación del nombre junto con las marcas del hambre, la enfermedad permanente y, finalmente, la muerte anónima e impersonal.

A partir de lo expuesto, entendemos que cuando se enajena al hombre de su cuerpo y a este de sus contextos (natural, social y referencial), se le anula el mundo común y su dimensión humana. Por eso, la corporalidad pudo ser conducida hacia la indignidad, al reducirla a la desnudez externa que le exponía a la humillación, la degradación humana y a la destrucción de la subjetividad. Finalmente, el último estadio consistía en la acción de transformarlo en un animal y, una vez zoologizado, el hombre permanecía recluido a un espacio-jaula constituido por ladrillos y alambrados, quedando así, el “espacio externo”, clausurado.

En resumen, la ingeniería que construyó el cuerpo concentracionario obedecía a una mecánica dinámica que convertía la corporeidad en un producto caduco, sometido a la supresión de las relaciones, del lenguaje, las emociones y el pensamiento autónomo. Trocando a lo que quedaba de hombre, en un ser meramente instintivo, con derecho al hambre, a la masificación, a la violencia y a la inanición. La nueva “cotidianidad” de esa vida estaba basada en la carencia y la continua “enajenación” del propio cuerpo.

El cuerpo doliente y sufriente

Según Saravia (2017), la tarea de poner de relieve la naturaleza epistémica de un cuerpo torturado no es una acción fácil, debido a que no es posible registrar científicamente los tipos de dolor humano y éstos, solo pueden ser definidos, en términos individuales. Aun así, podemos determinar que es un acto específicamente humano y uno de los más atroces. Si bien la piel es la frontera entre el mundo exterior y el yo, la obra del verdugo la traspasa, quedando la víctima reducida a su carne: “Ser torturado es percibir el propio cuerpo de una manera completamente novedosa porque el dolor es la máxima exaltación imaginable de nuestra propia corporalidad” (Saravia, 2017, p. 768).

Por su parte, Merleau-Ponty (1994) distingue entre el ‘cuerpo objetivo’ que tenemos (*Körper*) del ‘cuerpo vivido’ que somos (*Leib*), donde este último resulta ser fuente de intencionalidades no representativas. Si bien, el *Körper* es depositario de los procesos fisiológicos y el *Leib*, es la expresión y realización de proyectos y deseos, ambos procesos no se oponen, sino que están relacionados. En referencia a ello, López (2010) indica que por medio del cuerpo vivido “inhabitamos un espacio que no solo es visual, sino también táctil” (p. 90). Esta reflexión lleva a otro nivel el dolor, entendiéndolo no solo como dolor doliente sino como dolor sufrido, lo que orienta a entender que el cuerpo fenoménico no es reducible a cuerpo-objeto —dolor físico—. Este dolor polifacético, continua la filósofa española, tiene alcance “ontológico”, es decir, será el “dolor de sentir el ser de la finitud de cada existencia” (López, 2010, p. 106).

Por su parte, Mendiola y Malventi (2013) destacan que ese dolor, producto de la tortura que ejerce el torturador, busca producir tormento físico o simbólico. El objetivo según los autores consiste en dejar una huella de su poder, sobre ese “otro” reducido a su corporalidad desnuda, cuyo lenguaje “oscila entre el grito, el silencio y la confesión forzada” (p. 368). En función de ello, podemos sugerir que, la violencia y el tormento, pueden hacer su aparición en aquellos espacios que se estructuran para negar la alteridad. Dicha tortura conduce, de acuerdo con Mendiola y Malventi (2013), a “habitar lo inhabitable: el cuerpo sometido al dolor, a la privación sensorial, pero también el cuerpo que habita un espacio que niega lo humano” (p. 368). Y en este sentido, podemos entender que, los diversos lugares de reclusión, conformaron geografías de “no-lugares”, los cuales estaban regidos por la incomunicación y por las estructuras de hacinamiento.

Finalmente, el proceso de enajenar lo humano del hombre, exige un quiebre con el “mundo” y, para ello, es necesario el aislamiento (retirarlo de) de la vida

cotidiana o de toda referencia humana. En consecuencia, un régimen totalitario y un gobierno de dictadura, proyecta que unas vidas sean calificadas solamente como “superfluas”, “descartables”, “innecesarias” u “obsoletas” para el nuevo mapa sociopolítico.

La censura de los estímulos

En situaciones extremas, según Le Breton (2002), el cuerpo experimenta una cierta dualidad o confrontación con la alteridad, debido a promiscuidad del confinamiento. En función de ello, en estos espacios excepcionales — duchas, baños y literas compartidas—, el cuerpo comienza a percatarse de una exigencia que contrasta con su vida cotidiana anterior. El “reo”, advierte una existencia dual que le exige alcanzar los límites de la tolerancia para silenciar los olores corporales propios y ajenos y el sueño inconciliable. Dicha promiscuidad de cuerpos desnudos y famélicos, no puede ocultar nada, por lo cual, ese reo necesita una mirada infrecuente para poder digerir lo que su corporalidad experimenta a diario como despreciativo. En palabras de Le Breton (2002), “la víctima opone al cuerpo una voluntad salvaje en relación [...] con el deseo de sobrevivir. Pero el agotamiento, el hambre, las rivalidades, las vejaciones, llevan al deportado a un estado de fragilidad en el que la muerte implica muy poco” (p. 96).

A las irreconocibles sensaciones del cuerpo, se sumaba la sensorialidad de la “excepcional cotidianidad”. Al respecto, Le Breton (2002) señala que, en cualquier sociedad libre, el cuerpo filtra cotidianamente los *stimuli* que lo atraviesan, sino *la vida sería imposible*; contrariamente, en un sistema de encierro, los *stimuli* quedan reducidos y han sido denominados “hambre sensorial”, como resultado de una insuficiencia de estímulos censurados. El hombre siente la humillación, porque la “condición humana” se ha convertido en “condición concentracionaria” a través del ejercicio de objetivación, homogeneización y posterior desintegración de la alteridad.

Por otra parte, Sánchez (2016) afirma que, en cuanto a la objetivación —despersonalización—, la misma se dirige, en primer lugar, a reestructurar las relaciones esféricas microtextuales y macrosociales con el fin de modificar el concepto que el sujeto tenía de sí mismo, de su relación con los otros y con el mundo. En segundo lugar, sustituye el “tiempo-vivencial” por el “tiempo-objetivante”, instaurando un “tiempo-cerrado”. Este último contiene la violencia cotidiana y la vulnerabilidad extrema, constituyendo un envolvimiento o “bucle” del tiempo absoluto donde permanece atrapado el horror diario.

En cuanto a la desintegración de la constitución medial con el propio cuerpo, se intenta que el reo logre —dentro del encierro— una estandarización somática, lo que se traduce por la uniformidad de la vida, la repetición y la generalidad de los movimientos, que provocan la palpable sensación de masificación (atomización).

Conclusiones

El presente trabajo ha buscado esbozar un análisis de la experiencia corporal del dolor en un sistema totalitario como “espacio excepcional y límite”, desde la mirada, la experiencia y el testimonio de los niños y los jóvenes que atravesaron la guerra. Ellos plasmaron en sus diarios lo que sus cuerpos soportaron desde el primer momento como los golpes y el hecho de habituarse al frío extremo, el hambre atormentador y la sed insoportable. Pero también sufrieron reiteradas violaciones, asesinatos lentos y crueles, abusos de todo tipo y ausencia de humanidad; en algún momento, todos terminaban solos, perdidos, sin referencias.

Hemos descubierto que, cuando las palabras no alcanzan para describir lo vivido, el cuerpo declara lo que ha recolectado entre sus cicatrices y debajo de la piel. Estos traumas reaparecen ante algún estímulo que se asemeja al momento de la crueldad. Tales cuerpos, muchas veces sin forma humana, fueron diseñados industrialmente por el hambre, el castigo y la humillación y, como producto de una ideología racial y biológica.

En este sentido, según Entwistle (2002), el cuerpo es moldeado por la cultura y es un objeto de las fuerzas sociales, por lo que habría entonces, dos cuerpos, uno físico y uno social, que se involucran en una dialéctica simbólica, logrando que el cuerpo social restrinja la percepción del cuerpo físico y, a su vez, este cuerpo condicionado genere una particular visión de la sociedad, con la diferencia de que el cuerpo social siempre será un cuerpo vestido; la desnudez humana, implica algo impropio y exhibicionista. Solamente el animal no necesita ropa para salir a la calle ni a la naturaleza para buscar comida, su propia piel le sirve para cubrirse.

A partir de lo expuesto, entendemos que las ideologías y las medidas discriminatorias desde el siglo XIX en adelante, enfocadas en la superioridad, anclaron la perspectiva de la vida (*βίος*) desde lo biológico (*ζωή*). Pero también, como señalan Planella y Jiménez-Jiménez (2018), en una hipercorporalidad el cuerpo se convierte en un espacio paradigmático para el ejercicio de una pedagogía del poder y para la reproducción de los estigmas sociales y corporales. En otras palabras, el cuerpo constituye un espacio de incorporación social mediante la socialización, pero también puede convertirse en un espacio de exclusión social.

Como palabras finales, creemos que, entre tanta oscuridad, existe una luz: el testimonio, que ilumina las profundidades de esa oscuridad y resulta necesario para que la barbarie no se repita. Ninguna barbarie. Nunca más.

Referencias bibliográficas

- Entwistle, J. (2002).** *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*. Paidós Contextos.
- Frank, A. (2021).** *Diario Anne Frank*. Gran Travesía.
- Frankl, V. (2015).** *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- Ginz, P. (2006).** *Diario de Praga (1941-1942)*. Acantilado.
- Heyman, E. (2016).** *He vivido tan poco*. NED Ediciones.
- Kertézs, I. (2016).** *Sin Destino*. Acantilado.
- Lashier, R. (2008).** *El cuaderno de Rutka*. SUMA.
- Le Breton, D. (2002).** *Antropología del cuerpo y Modernidad*. Ediciones Nueva Visión.
- Levi, P. (2019).** *Si esto es un hombre*. Austral.
- López, M. (2010).** Hermenéutica del cuerpo doliente-dolido desde la fenomenología del sentir. Investigaciones. *Fenomenológicas*, (2), 89-124. <https://doi.org/10.5944/rif.2.2010.5575>
- Mendiola G. y Malventi, D. (2013).** Geografías silenciadas y subjetividades torturables. En P. Oliver (Coord.), *El siglo de los castigos: prisión y formas carcelarias en la España del siglo XX* (pp. 355-374). Anthropos.
- Mendiola, I. (2014).** *Habitar lo inhabitable. La práctica político-punitiva de la tortura*. Bellaterra.
- Merleau-Ponty, M. (1994).** *Fenomenología de la Percepción*. Planeta-Agostini.
- Planella, J. y Jiménez-Jiménez, J. (2018). Espacios reales y simbólicos de la pedagogía social: la praxis de la redención, entre el control y la emancipación. *Revista Opción*, (86), 547-576. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/filosofia/article/view/31259/32295>
- Quintero, M. (2018).** *Usos de las narrativas, epistemologías y metodologías: aportes para la investigación*. Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Sánchez, V. (2016).** Una arqueología del campo de concentración. *Fractal*, 21(80). <https://www.mxfractal.org/articulos/RevistaFractal80Sanchez.php>
- Semprún, J. (2011).** *El largo viaje*. TusQuets Editores.
- Serrano de Haro, A. (2000).** Totalitarismo y Filosofía. *Isegoría*, (23), 91-116. <https://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/537>
- Spiegel, E. (2019).** *El diario de Renia Spiegel*. Penguin Random House.
- Weiss, H. (2013).** *El diario de Helga*. Sexto Piso.
- Wiesel, E. (2024).** *Trilogía de la Noche*. El Aleph Editores.
- Yad Vashem. (s. f.).** *Los niños de la Shoá: Hanna y George Brandy*. Escuela Internacional para el Estudio del Holocausto. <https://www.yadvashem.org/yv/pdf-drupal/es/education/cantarel.pdf>

Cómo citar este artículo:

Sosa, R. G. (2026). Cartografías de una corporalidad: habitar el cuerpo impropio en contextos excepcionales. *Trazos-Revista de estudiantes de Filosofía*, 1(10), 72-82

